

UNA TARDE EN ITAPUA

Itapuã es el barrio de Salvador con más extensión de playa, aunque situado a más de veinte kilómetros del centro de la ciudad.

En la lengua indígena tupi-guaraní Itapuã significa “piedra de la punta” y no “piedra que ronca” como popularmente se cree. El famoso ronquido es producido por las olas al penetrar en la cavidad del arrecife, parecido a una figura de mono, que es, junto con el faro, sus playas con cocoteros y el lago de Abaeté, uno de los paisajes representativos del barrio.

En la actualidad el precioso lago de Abaeté, de aguas oscuras y rodeado de dunas de arena muy blanca, ha sido transformado en un parque con restaurantes, bares y tiendas; y al que acuden las cocineras ambulantes vestidas con el típico traje blanco a vender comida bahiana recién hecha.

Cincuenta años antes Itapuã era una antigua colonia de pescadores y balleneros, al ser lugar de paso de los grandes mamíferos. Cuando la marea está baja todavía se puede ver en las proximidades de la Pedra da Sereia (Piedra de la Sirena) cómo afloran de las arenas inmensos esqueletos de cetáceos, que cazados con arpones fueron convertidos en aceite para las lámparas de luz. Lamentablemente en los últimos años la pesca ha ido decayendo por la escasez de pescado.

De ser un tranquilo barrio de pescadores pasó en la década de los setenta, con la construcción del parque industrial en la Región Metropolitana de Salvador, a crecer aceleradamente con lujosas casas ajardinadas e infinidad de paupérrimos barracones para los inmigrantes que desde el interior del estado llegaron para trabajar en las fábricas.

Itapuã es un lugar de contrastes, donde los ricos tienen vecinos pobres, donde poetas y cantantes fueron a inspirarse, y donde algunos creyeron encontrar el paraíso ideal en su mar de deslumbrante azul, en sus incontables palmeras cocoteras ofreciendo sombra a lo largo de su extensa playa, y en su constante brisa marina suavizando el intenso calor de un lugar donde casi todo el año es verano; fue allí donde vivió hasta su muerte Vinícius de Moraes, uno de los más representativos cantantes de la música popular brasileña y autor de la famosa canción *Tarde en Itapuã*.

En la soleada tarde del jueves, dos días después de haber terminado el carnaval, descendía de un autobús en la parada cercana a la Pedra da Sereia. Caminando por el paseo marítimo llegué ante un teléfono público y al no conseguir hablar con Eliseo, un agente inmobiliario que tenía que enseñarme algunas casas, decidí hacerle caso a mi curiosidad que me reclamaba con insistencia que fuese a recorrer aquel trozo de costa salpicado por tantas palmeras cocoteras.

Continué por el paseo hasta que terminó y tuve que bajar a la estrecha playa sobre la que se iban sucediendo las barracas.

Con el verano terminando, y el regreso de los hombres al trabajo y de los niños al colegio, las mesas no tenían clientes.

Llegué hasta la última de las barracas. Más adelante, después de un trozo de playa desnudo de palmeras, estaba el faro de Itapuã, pintado con anchas franjas, tres rojas y dos blancas, alzado sobre unos arrecifes que sobresalían del mar y con un puente de dos arcos que salvaba las piedras y el agua y llegaba hasta la entrada.

Debía llamar a Eliseo pero aquella última barraca tenía un enorme árbol de anchas hojas ofreciendo una tentadora sombra, y unos altavoces por donde la música sonaba en perfecta armonía con el idílico lugar, así que me senté y pedí un refresco bien helado.

Al rato me supo mal estar retrasándome y me acerqué a la barraca.

—¿Dónde podría encontrar un teléfono público? —le pregunté a la mujer que se encontraba al otro lado de la barra.

—Puede usar éste —me dijo, señalándome el que tenía en el interior—. Deme el número —y tras marcarlo me pasó el auricular.

Me contestó la voz de un niño diciendo que su padre no estaba pero que no tardaría en volver, y aunque había quedado con él en la Pedra da Sereia, me senté bajo el voladizo de la barraca, pedí otro refresco y disfruté de un líquido que repleto de frío consiguió extinguir la ardorosa sed que abrasaba mi interior.

Desde mi nueva posición podía ver la playa que quedaba unos metros más abajo. Tan sólo había dos chicas jugando con un mar que no les llegaba ni a las rodillas. Una era bajita y su diminuto bikini rojo no ayudaba a disimular las exageradas dimensiones de algunas de sus curvas, la otra era más alta y su bikini amarillo limón resplandecía sobre su tostada piel.

A mi derecha, a unos ocho metros, dos mujeres blancas, una con un bikini a cuadros y la otra con uno negro, y dos niños, comían alrededor de una mesa, cuando, un joven llevando una bolsa y varias botellas de una bebida artesanal, hecha con trozos de fruta, cachaza, leche y polvo de guaraná, llamada *capeta* (diablo), se detuvo ante ellas y consiguió que le comprasen algo de bisutería; después pasó ante mí en dirección al faro.

Una de las mujeres, la que llevaba el bikini a cuadros, se levantó y fue a refrescarse a una ducha cercana, consiguiendo que su apetitoso cuerpo me atrapara la atención durante el tiempo que se mantuvo de pie. Cuando se sentó, mis ojos regresaron sobre la chica del bikini amarillo limón que seguía mojándose en un mar del que empecé a estar celoso, mientras pensaba en levantarme para ir a decirle cualquier cosa que me permitiese penetrar en esa bonita postal que contenía un azul con suaves olas y una atractiva joven jugando con ellas; y al darse cuenta de que la miraba me respondió con un ligero aturdimiento.

Me levanté y volví a llamar a Eliseo. Por fin pude hablar con él y quedamos en que lo esperase allí.

El vendedor de *capeta* y bisutería regresó y volvió a detenerse ante las mujeres, después se dirigió hacia la barraca y, al llegar ante mí, se detuvo y me dijo:

—Me han dicho que si quieres hablar con ellas puedes acercarte.

Me quedé extrañado y sin saber qué decir, y al creer que no le había entendido, me repitió lo mismo.

—No las conozco —le respondí.

—No importa, si quieres puedes ir allí —insistió.

—No. Estoy muy bien aquí.

El vendedor me dio la espalda y regresó junto a ellas, intercambió unas palabras y continuó por la playa con un andar cansino en busca de algún cliente.

Mis ojos se desviaron hacia las chicas que seguían metidas en el agua, solas, hasta que aparecieron dos chicos, entraron en el mar, empezaron a jugar con ellas y estropearon la bonita postal. Minutos después salieron todos del agua, se enrollaron las toallas, cogieron las cosas que tenían en la arena y se marcharon, no sin que antes la chica del bikini amarillo limón me regalase una discreta mirada de despedida.

Eliseo se retrasaba y se lo agradecí ya que el lugar transmitía tanto sosiego que me sentía como balanceado suavemente sobre una hamaca, en medio del paraíso, y sólo faltó que sonase por los altavoces de la barraca esa canción que decía:

*Es bueno pasar una tarde en Itapuã,
al sol que hay en Itapuã,
escuchando el mar de Itapuã,
hablando de amor en Itapuã...*

Pasaban los minutos y todo continuaba igual. La refrescante brisa del mar apagaba las llamas de sudor que nacían sobre mi piel, los dos niños jugaban con unos juguetes en la arena, las mujeres comían una nueva tapa, cuando, de pronto, la mujer del bikini a cuadros se levantó, sacándome de mi aletargamiento, y sin poder reprimirme le dediqué unas miradas de deseo mientras veía cómo el agua de la ducha le acariciaba su esplendoroso cuerpo.

Me había quedado intrigado por saber qué pretendían al enviarme al vendedor, y supuse que entretenerse, ya que parecían aburridas vigilando a los niños.

El vendedor volvía caminando por la playa y la mujer del bikini negro lo llamó. Hablaron durante unos segundos y de nuevo se acercó hasta mí, quedándose a un metro de distancia.

—Si quieres conocerlas puedes acercarte a su mesa —me dijo, como si me tuviese miedo.

—Diles que si quieren hablar conmigo que vengan aquí.

—Pero ellas dicen que vayas tú.

—Pues yo digo que vengan ellas.

Y el improvisado emisario regresó con mi respuesta. Durante un buen rato habló con ellas, hasta que, por tercera vez, se plantó ante mí.

—Ellas dicen que es mejor que vayas tú.

—¿Para qué quieren que vaya?

—Para conocerte.

Finalmente y ante su reiterada insistencia decidí aceptar la invitación pensando que así me distraería hasta que llegase Eliseo.

Al acercarme me indicaron que me sentase y sin más preámbulos la chica del bikini negro me dijo:

—Si tú nos deseases podríamos ir los tres a *transar* (follar).

—¿Qué? —fue la única palabra que en ese instante acerté a pronunciar, dudando de lo que acababa de oír mientras la miraba con cara de incredulidad.

—Digo que si tú nos deseases podríamos ir los tres a *transar* —volví a oír, al tiempo que arrugaba la frente en un vano intento por conseguir que los sonidos penetrasen mejor por mis oídos.

Con el calor que hacía me quedé helado.

—No entiendo —mentí, cambiando mi cara de perplejidad por la de quien no sabe lo que le están diciendo.

Dudó, supongo que por estar pensando en cómo decir lo mismo de otra manera.

—Si... tú... nos... deseases... —volvió a repetir, más despacio y remarcando las palabras— podríamos... ir... los... tres... a... *transar*.

No podía creer lo que me estaban proponiendo con tanto descaro y torcí la cabeza para mirar al vendedor que me había metido en aquel lío, reclamándole una explicación.

—¿Qué me está diciendo? —le pregunté para ganar tiempo y analizar si todo aquello iba en serio o por el contrario intentaban tomarme el pelo.

—Ella dice que si quieres puedes ir a *transar* con las dos.

—No entiendo —le dije, continuando con mi cara de extrañeza y sin saber qué pensar.

—Escucha. Si tú... —empezó a decirme señalándome con un dedo— estuvieses con ganas... —y uno de los dedos de la otra mano señaló a una y luego a la otra— podrías ir a *transar* con ellas —mientras el dedo que me señalaba a mí se juntaba con los otros formando un puño y con la otra mano extendida golpeaba varias veces la parte superior del puño—. Ya sabes.

Sus gestos con las manos eran el sinónimo de *transar*.

—Entiendo, pero ¿por qué queréis *transar* conmigo si no me conocéis de nada? —le pregunté a la que por tres veces me había invitado a la degustación de carne más descarada de mi vida.

—Porque eres un gringo —me contestó como si sólo por ser extranjero mereciese tal privilegio.

—¿Y que tiene de bueno que sea un gringo?

—Que nunca he estado en la cama con un gringo y tengo muchas ganas de probar a uno.

—¿Seguro que nunca has estado con ninguno?

—No, por eso tengo tantos deseos de *transar* contigo. Además, eres muy guapo.

—Claro, ahora lo entiendo —dije, como quien acaba de darse cuenta de algo tan evidente, que no comprende cómo no se había dado cuenta antes—. ¿Y por qué los tres a la vez?

—Porque somos amigas y a ella también le gustaría probar a un gringo.

—Ya, sois tan buenas amigas que os gusta compartirlo todo.

—Sí —dijo sonriendo—. Además, nunca hemos estado las dos con el mismo hombre en una cama y eso también nos gustaría experimentarlo.

— Así matáis dos pájaros de un tiro —consciente de que era a mí al pájaro que querían desplumar, si me atrevía a meterme en la cama con las dos a la vez.

—¿Qué? No te entiendo.

—No, nada, es una expresión española.

—Entonces, ¿qué decides?

—Tengo que reconocer que vuestra proposición me ha sorprendido mucho, y aunque debe de ser toda una maravillosa aventura meterse en una cama con vosotras, no puedo aceptar.

—¿Por qué? ¿Es qué no te gustamos?

—No, no es eso. Las dos estáis muy bien —les dije, porque así era—. Lo que ocurre es que estoy esperando a un agente inmobiliario para que me enseñe unas casas, y claro, cuando llegue no le parecerá muy bien que no esté.

—No te preocupes, no tardaremos mucho, además, podemos decirle a la dueña de la barraca que cuando venga le diga que te espere, que no tardarás en volver.

—Buena idea —dije, mientras sonreía al recordar el dicho que reza que cuando uno se mete en una cama con una brasileña nunca sabe cuando va a salir, así que con dos, al de la inmobiliaria la espera se le podría hacer eterna.

—Vamos. Te aseguro que entre las dos te haremos sentir cosas muy gustosas —añadió la del bikini negro mientras su amiga asentía con un leve movimiento de cabeza.

—Bueno... —conseguí decir a pesar de que tras lo oído la tráquea parecía haberseme obturado—. El caso es que ni se me había pasado por la cabeza tener hoy una proposición como ésta y no llevo preservativos. ¿Vosotras tenéis?

—Tampoco llevamos pero no creo que eso sea problema —y dirigiéndose al vendedor le preguntó—: ¿Hay por aquí algún lugar donde se puedan comprar preservativos?

—Sí, hay una farmacia muy cerca.

—¿Y dónde iríamos? ¿Tenéis algún apartamento por aquí?

—Allí no podemos ir contigo, pero nos ha dicho el vendedor que cerca hay un motel.

—No sé, no sé... —repetí mientras intentaba encontrar alguna otra excusa para no caer en la tentación.

Tentación que admitía haber llegado a desear algunas veces al preguntarme cómo sería la experiencia de meterse en una cama con dos mujeres; y allí tenía mi oportunidad para saberlo.

—Si estás temiendo por tu bolsa o tu dinero, puedes dejarlo todo en la recepción y recogerlo cuando nos marchemos.

—Por eso no hay problema, el dinero que llevo no da para preocuparse.

—Pues vámonos. El vendedor nos acompañará hasta la farmacia y luego al motel.

Bien, dentro de un rato aparecerá Eliseo y toda esta loca escena acabará, así que déjate de tonterías y decídetelo ya de una vez si te quedas a esperarle o te vas con ellas. Durante unos segundos todos guardamos un expectante silencio pero cuando rompí la tregua seguía sin saber qué hacer.

—Con las dos no voy a poder —les dije, aunque dentro de mí algo me aseguraba que por lo menos, quedar bien, quedaría.

—No pasa nada. Tú me la metes un poco, luego la sacas, y se la metes a ella. Después otro rato conmigo...

—Claro, así las dos contentas —y miré a la otra que volvió a asentir, haciéndome sospechar que fuese muda—. De todos modos no creo que pueda daros todo el placer que deseáis, y la verdad, no me gusta hacer las cosas a medias. Soy de los que piensan que las cosas deben hacerse bien o no hacerse.

—Tú parece un hombre muy fuerte.

—Bueno, flojo no soy, pero ya tengo alguna experiencia con compatriotas vuestras y he de admitir que en la cama sois difíciles de saciar.

—Tú no te preocupes, nosotras nos conformaremos con lo que nos des.

Eso era ponerme las cosas fáciles. En fin, para qué mentir, tenía curiosidad por saber que ocurriría si me atrevía a meterme en la cama con aquellas mujeres, pero me parecía todo tan surrealista que no acababa de creérmelo, aunque con tanta provocación ya me estaba mojando.

El vendedor, levantando un poco la mano, pidió la palabra.

—Si no puedes con las dos, podría entrar contigo al motel y tú te quedas con una y yo con la otra.

—¡No! —se negaron las dos a coro poniendo cara de repulsión ante lo que les pareció una absurda idea—. De eso nada —le dejaron bien claro.

¡Vaya! La otra no era muda.

El vendedor protestó pero lo hicieron callar y en silencio se fue resignando a que en aquel banquete carnal el único invitado era el gringo.

—La verdad es que me gustaría mucho conoceros más íntimamente pero no puedo *transar* con vosotras. Lo siento.

—Pero ¿por qué?

—Lo que ocurre es que hace unos días conocí a una chica de la que me he enamorado y si me acostase con vosotras después no podría mirarla a los ojos.

—No tienes por qué decírselo.

—Ya lo sé pero no me parece bien que esté con ella y me líe con vosotras, aunque no puedo negar que vuestra proposición me resulta muy excitante.

—Pues entonces podríamos ir y hacerte sólo cariños.

—¡Cariños? —repetí, sin acabar de saber lo que esa palabra venía a significar en portugués—. ¿Qué son cariños?

—Dar besitos, caricias, chupaditas.

La nueva proposición me atragantó la saliva, me aceleró el corazón y me arrancó unas gotas de más excitación.

—Eso estaría bien.

—Podríamos hacerte cariños las dos a la vez.

—Y eso estaría mejor todavía.

—Te daríamos besitos por todo el cuerpo. Y podrías poner tu... —y señalándome la entrepierna con un dedo, continuó diciéndome— *pau* en nuestra boca.

Oír todo aquello me atragantó más todavía. La cosa no podía estar más clara, aquellas brasileñas estaban dispuestas a probar un gringo fuese como fuese.

—Yo te chuparía un poquito y después ella otro poquito, y así así...

¡La madre que las parió! Me encontraba tan mojado que la mancha en el pantalón de baño era ya evidente.

¿Pero qué hago aquí poniendo tantas excusas ante una invitación tan irresistible? Al fin y al cabo después de seis días sin acostarme con Alice ganas de sexo me sobran, y allí tenía dos mujeres dispuestas a hartarme de tan delicioso manjar.

—No sé. La verdad es que sois unas mujeres muy interesantes pero no sé qué hacer —fue lo que les contesté, sin saber muy bien si no me habría vuelto loco; y es que estar perdiendo el tiempo de aquella manera cuando podía estar siendo devorado por dos sabrosas brasileñas, era para empezar a sospecharlo.

—Vamos. ¿No serás de los que les gustan los hombres?

—No —sonreí—. Tengo muy buenos amigos pero a la hora de ciertas cosas todavía prefiero a las amigas.

Eliseo seguía sin aparecer.

La que hablaba se llamaba Nadja. Era una mujer que daba la impresión de ser capaz de encerrarse con cuatro hombres en una habitación y acabar con los cuatro, así que conmigo no tendría ni para empezar. Su bikini negro era sobrepasado por sus carnes, y aunque los brasileños las preferían así, yo era europeo; pero todo lo que me iba diciendo la hacían deseable, muy deseable, y eso me inquietaba, ya que sin poder remediarlo empezaba a acercarme demasiado a su anzuelo.

La que permanecía callada se llamaba Claudete y era más joven y bonita que Nadja. Su bikini, con líneas que se entrecruzaban dibujando cuadros en colores oscuros, le sentaba como a un maniquí de escaparate, y su cuerpo, ni faltó ni sobrado, era apetecible, muy apetecible, y me tentaba, arrastrándome hacia la peligrosa red trenzada con sus curvas, sabedor de que en cuanto mis manos empezasen a recorrerlas, caería atrapado en ellas.

Unas gotas más de placer se escaparon de mi cuerpo.

Si Nadja intentaba seducirme con su simpático descaro, Claudete lo hacía con su intrigante silencio. Estaba confuso. No sabía si aceptar o no aceptar, y de aceptar, qué aceptar, pues si bien la proposición de meterme en una cama con dos mujeres dispuestas a hacer todo lo que les pidiese me parecía fascinante, cada vez me atraía más la idea de marcharme sólo con Claudete.

No me atrevía a confesarles la tormenta de dudas en que me encontraba metido, un poco por vergüenza y otro poco porque de hacerlo, les pondría mucho más fácil la pesca de su pieza; pero Nadja, además de ser simpática y descarada, también era inteligente.

—Si prefieres irte sólo con una de nosotras, puedes elegir —me dijo, como si acabase de leerme el pensamiento.

—¿Y la otra no se enfadará?

—No. ¿La prefieres a ella o a mí?

Miré a Nadja y a Claudete. Para una vez que se me ofrecía más que menos, por qué debía despreciar ese demasiado que quizás pudiese resultar perfecto. Y volví a mirar a Nadja y a Claudete sin atreverme a decir nada.

Ellas esperaban intrigadas mi respuesta, y yo, también, hasta que se me ocurrió que debería saber algo más sobre ellas, antes de decidirme.

—Es muy raro que todavía no hayáis probado a ningún gringo con todos los que vienen a Salvador.

—Es que no somos de aquí. Vivimos en Maceió, la capital del estado de Alagoas.

—¿Y qué hacéis aquí?

—Hemos venido a pasar dos semanas de vacaciones.

—Pero de donde sois también hay playas y turistas.

—Sí, pero allí nos conocen y no podemos arriesgarnos a hacer nada de esto con los extranjeros, así que tenemos que aprovechar las vacaciones para nuestros caprichos.

—¿Y vuestros maridos?

—Se han quedado trabajando en Maceió.

—¿En qué trabajan?

—Son ingenieros de una compañía petrolífera y ganan mucho dinero.

—¡Vaya qué suerte! —exclamé fingiendo sorpresa.

—¡Suerte! Algo sí. La verdad es que soy bahiana —confesó Nadja—, pero cuando me hice mayor me fui a Alagoas en busca de un hombre rico y no paré hasta encontrarlo.

—Interesante —le dije sonriendo, cada vez más sorprendido por la sinceridad con que le hablaba a quien tan sólo una hora antes era un perfecto desconocido.

En ese momento el vendedor que continuaba esperando por si sus servicios podían resultar necesarios, y que seguía muy atento la conversación, se atrevió a preguntar:

—¿Alagoas es una buena tierra para ganar dinero vendiendo cosas por las calles?

—Eso depende. Para mí siempre será la mejor tierra. Mírame, me fui de Salvador pobre y he regresado rica.

—¿Y tú, de dónde eres? —le pregunté a Claudete.

—De Maceió —me contestó con timidez.

—¿Son vuestros esos niños?

—Sí, uno de cada una —contestó Nadja.

—¿Y si nos vamos qué haréis con ellos?

—No te preocupes, mi madre los cuidará.

—¿Tú madre? —pregunté extrañado.

—Ella es mi madre —explicó Nadja, señalando a la mujer que hacía un rato se había sentado a unos dos metros de nosotros, y que con más de cinco décadas auestas se lo estaba pasando de cine con un negro, unos veinte años más joven que ella, vaciando una botella de cachaza entre risas, juego de manos y algún que otro beso.

Sus rasgos delataban su consanguinidad. Se parecían tanto físicamente como en la forma de comportarse. Si aquella era su madre se entendía que Nadja fuese como era.

—¿Y ese es tu padre? —le pregunté con ironía, cuando era evidente que el negro y ella debían de tener una edad parecida.

—¡No! Es su nuevo ligue.

—¿Nuevo?

—Sí, lo ha conocido esta tarde.

¡Vaya con la madre!

—¿Y si los niños les dicen algo a sus padres cuando regreséis a Maceió?

—Los niños no dirán nada.

Estaba claro que por más excusas que se me ocurriesen, allí estaba Nadja dándole solución a todas. No, con excusas no conseguiría salvarme de las dos depredadoras de gringos. Porque, la verdad, no acababa de creerme que

llevando una semana en Itapuã no hubiesen devorado a algún que otro turista de los que llegaban a Salvador deseosos de disfrutar de las nativas. Y es que, al reclamo de la extendida fama de las brasileñas como mujeres calientes, muchos eran los europeos que viajan a Brasil para comprobarlo, y aunque yo siempre tuve mis dudas, aquella tarde me estaban desapareciendo todas.

De todos modos quizás estuviesen diciendo la verdad. Puede que sí o puede que no, pero era evidente que después de más de una hora intentando convencerme de que les diera una oportunidad para demostrarme sus cualidades amatorias, la cosa iba muy en serio.

La tarde llegaba a su fin y no me quedaba más tiempo ni para excusas ni para preguntas, debía tomar una decisión.

Desde luego había desistido de ver aparecer a Eliseo.

Desde luego que oportunidad como aquella sería difícil que se me volviese a presentar.

Desde luego que esa parte de mí que se encontraba toda mojada ya no tenía ninguna duda, y entonces pude oír una voz en mi interior me decía: “Vete con ellas. No te quedes con la eterna curiosidad del cómo hubiese sido. Recuerda lo excitante que fue hacer el amor con dos chicas el mismo día. Además, para una vez que vas a vivir”.

Claudio no tenía remedio. A pesar de que en noviembre le dijese que todo había terminado entre los dos, continuó como si mis palabras le hubiesen entrado por una oreja y salido por la otra, y siempre que podía aprovechaba la oportunidad para invitarme a visitar cualquier solitario rincón del banco.

Y la verdad es que yo, a veces, tampoco tenía perdón, y cedía a sus encantos; pero tras conocer a Javier había decidido terminar definitivamente con los extras de una relación sin futuro.

Claudio había nacido justo un día antes que yo, aunque dos años más tarde, así que al verme el primer día de trabajo después del carnaval me recordó que meses atrás habíamos quedado en que al llegar nuestros aniversarios intercambiaríamos unos regalos.

—¿Has traído mi regalo? —me preguntó.

—No.

—¿Cómo que no lo has traído? ¿No habíamos quedado en que lo traeríamos hoy?

—¿Y tú lo has traído?

—Tampoco. No he tenido tiempo de comprarlo —me confesó con su peculiar desparpajo, y quedamos para traerlos al día siguiente.

Él me regaló unos pendientes y yo le regalé una camisa estampada.

—¿Puedo agradecerte el regalo? —me preguntó tramando algo.

—Claro que sí.

—Pero no estaba pensando hacerlo con palabras.

—Creo que será mejor que sólo me lo agradezcas con palabras.

—Tú sabes... —empezó a decirme mientras se acercaba, me cogía de la cintura y antes de que pudiese protestar tenía su boca contra la mía.

Claudio era un artista besando y sabía muy bien cómo hacer que te rindieses ante sus labios. Y una vez más caí en la tentación y, presintiendo que

sería la última, lo besé con la pasión de la despedida, permitiendo que su lengua me invadiese para abrazarla con intensidad.

Después de que me calentasen dándome besos por todo el cuerpo, invité a Claudete a colocarse sobre mí y sin dudarle me cogió y me deslizó en su interior.

Miré a Nadja y la sorprendí en una casi imperceptible mueca de tristeza, pero acercándome su boca, me introdujo la lengua y me avasalló, al tiempo que Claudete se convertía en una ola y me hacía sentir como una playa que era acariciada por un constante y placentero oleaje.

Nadja se había situado detrás de mi cabeza, con lo que desplazando mis manos a lo largo de su cuerpo fui a detenerlas sobre su sexo, consiguiendo con mis danzantes dedos desintegrar, entre espasmos, su inicial decepción, y que su placer fuese descendiendo por un trasparente hilillo, hasta la sabana.

Mientras tanto, con el maravilloso oleaje de Claudete, me estaba desgastando, sin que ella, que seguía ascendiendo por la pendiente del placer, acabase de precipitarse, así que, dejando a Nadja, atrapé la cintura de Claudete y empecé a elevarla, a bajarla, a elevarla...

—No me dejes ahora —protestó Nadja.

—Tranquila. Enseguida estoy contigo.

Y decidido a no alargar más aquel primer entreacto, detuve el movimiento de mis brazos, dejándola en el punto más elevado, a la vez que mi cintura iniciaba un subir y bajar, entrando y saliendo de ella, con un alocado frenesí, hasta que con un largo gemido me hizo saber que por el momento, quedaba saciada.

Mi manos regresaron hasta el cuerpo de Nadja, mientras que Claudete, y sin tener que pedírselo, volvía a convertirse en una ola, para, poco después, y apartando mi boca de la de Nadja, hacerme gritar de placer.

Segundos más tarde y con el insistente tararí tarará de mis dedos sobre Nadja, su lengua dejó de recorrer el interior de mi boca y sintió un abrasador orgasmo que la dejó flotando sobre la cama.

Después de unos minutos en que los tres nos sentimos en paz con todo, Nadja se levantó y fue al baño del que regresó trayendo una toalla, en parte mojada.

—Ahora vas a saber lo que es una brasileña —me advirtió, con entonación amenazante, y mientras me limpiaba siguió diciéndome—. Te aseguro que hasta muerto vas a recordar este día —y dicho esto empezó a chuparme.

Claudete se quedó indecisa hasta que Nadja, levantando la cabeza, le preguntó:

—¿Qué prefieres el *pau* o los huevos?

—El *pau* —le contestó como lamentando la sinceridad de su egoísmo.

—Bien, después cambiaremos.

Nadja, que no parecía dispuesta a perder el tiempo, se agachó sobre la parte que le había tocado en la negociación de mi reparto, invitándolos a penetrar en su interior, zarandeándolos y sintiendo como se desplazaban inquietos al otro lado de la piel que los protegía.

Y Claudete me engulló.

Dentro de ellas empecé a sentirme como un pedazo de carne servido en un plato, confundiendo sus dientes y sus lenguas con cuchillos y tenedores, y el entusiasmo con que me chupaban con un apetito atroz.

Sus bocas me tragaban, sus labios me apretaban, sus lenguas jugaban conmigo y en tan singular banquete no tardé en volver a sentirme creciendo.

Nadja no se demoró mucho en pedirle a Claudete el relevo de mi *pau*, y tras intercambiar las posiciones, reanudaron su libidinosa actividad.

Aquellas brasileñas sabían lo que hacían, y aunque hubiese preferido que siguiesen devorándome, Nadja, al sentir la humedad de mi excitación, apartó su boca y le dijo a su amiga:

—Ahora me toca a mí.

Así que se situó con las piernas abiertas encima de mí, descendió hasta que sus pechos tocaran los míos, lamió con su lengua mis labios, me abrazó con fuerza, dejó caer su espalda sobre la cama y me montó sobre ella.

—¡Ánimo gringo! —me increpó la muy descarada.

Minutos después, cuando contenta de mi actuación quedó satisfecha, me aparté de ella y entré en Claudete, que hasta entonces se había mantenido a la expectativa, y antes de que ella llegase, no pude aguantar tanto trajineo y durante unos indescriptibles segundos me relamí con la impetuosa vitalidad del placer saliendo de mí; luego, y a duras penas, volví a continuar y cuando ya empezaba a encogerseme, Claudete volvió a precipitarse y a saborear el gozo y la efímera felicidad que produce el sexo sin más.

Sudados y agotados, nos quedamos descansando sobre la cama, hasta que, de nuevo, Nadja se levantó, pidió por el interfono unas bebidas y me preguntó:

—¿Todos los españoles sois así?

—No lo sé, mi experiencia se reduce a las españolas.

—Pero entre vosotros hablareis.

—Sólo si tenemos mucha confianza.

—Y esos con los que compartes estas cosas. ¿Cómo son?

—Mejores que yo —confesé, poniendo cara de sentirlo.

—Pues la próxima vez que vengas por aquí a ver si los traes.

—Ya ya, eso quisierais vosotras —dije para seguirle la broma a Nadja.

—¿Y qué, vas a poder más? —me preguntó con visibles ganas de seguir con el banquete que nos estábamos dando.

—Eso dependerá de vosotras, de si seguís tan inspiradas como antes.

—¡Tan inspiradas! —exclamó Nadja—. ¡Y más! —y dicho esto, se miraron y casi al unísono se lanzaron sobre mí, dispuestas a devorar lo poco que de uno pudiese quedar, haciéndome cariños por todos los rincones del cuerpo, algunos hasta entonces todavía vírgenes a una lengua. Y por tercera vez, en poco más de una hora, Nadja y Claudete consiguieron resucitar mi deseo y empezaron a chupármelo, alternándose cada poco tal privilegio, hasta que Nadja se decidió a ser la ganadora del depravado juego de la ruleta rusa, y con mi *pau* en su boca y acelerados movimientos de cuello y mano, me arrancó mi último fogonazo, haciéndome viajar durante un largo instante a lo más alto que sin separar los pies de la tierra se puede llegar...